

Quién es el hombre? Responder esta cuestión es inevitable para entender la acción humana y la acción social. En la actualidad existen dos vías, en principio contrapuestas, para ofrecer una respuesta. Una es la vía que defiende que el hombre es vida, conciencia, una realidad personal que dirige terminalmente sus acciones por su condición biológica y neuronal.

Muchos intelectuales humanistas, personalistas, filósofos de la vida y de la unidad sistémica se orientan por este camino, no de manera solitaria y esquivada, sino dejándose acompañar en su itinerario por la adopción de posturas de profunda raigambre tecnocientífica. Otra es la vía computacional que defiende que el hombre es un sistema de computación que acabará por ser integrado en el marco superior de un maquinismo computacional. Es un fenómeno constatable que nos hallamos actualmente en un nuevo paradigma tecnológico, dominado por el desarrollo exponencial de la Inteligencia Artificial (IA), en el cual se piensan radicalmente los límites de lo humano e, *in extremis*, se pone en jaque la identidad y la naturaleza de la persona humana. ¿Se puede establecer algún contacto entre ambas? ¿Pueden darse pistas de investigación que permitan que los exponentes de cada una se acerquen, aunque sea inicialmente? Sin duda, la actitud no parece deber ser la aceptación, sin más y como hecho irremediable, de la existencia de estas dos vías contrapuestas de entender al hombre y al orden social derivado de la condición humana. Si no se quiere optar por una opción unilateral, excluyente, que escindiría la experiencia humana y la sociedad, no parece haber otro camino que una reflexión que lleve a la conciliación.

Los artículos llegados a *Pensamiento*, los cuales permiten la organización de este volumen, muestran la existencia de estas dos vías. También pueden testimoniar la perplejidad e inquietud ante una situación intelectual que exige una clarificación, así como la búsqueda de una vía hacia la mencionada conciliación. La reflexión proclive a defender a la persona humana está integrando críticamente cada vez más la IA en su marco conceptual, sin renunciar por ello a preguntarse por la irreductibilidad de lo humano. A medida que los sistemas de IA median cada vez más en la producción de conocimiento, la toma

de decisiones y la interacción social, nos permiten cuestionar categorías interesantes para posturas humanistas tales como la agencia, la responsabilidad y la creatividad. Un humanismo que ignore estas transformaciones y factibilidades actuales corre el riesgo de volverse obsoleto y anacrónico.

Sin embargo, una aceptación acrítica de los logros computacionales como equivalente, o incluso superior en términos absolutos a la cognición humana, amenaza con erosionar los fundamentos epistemológicos, antropológicos y éticos sobre los que se asienta una comprensión integral de lo humano. Para que esto siga siendo relevante, se puede abordar la IA no como una subjetividad rival, sino como un artefacto tecno-cultural inscrito en procesos sociohistóricos y, a la postre, enraizados en la vida humana. Esto permite mantener una distinción ontológica clara: si bien la IA puede simular aspectos de la inteligencia humana, dista en su condición artefactual de la corporeidad, intencionalidad y autoconciencia moral en tanto que dimensiones constitutivas humanas.

Por ello, se puede considerar la IA tanto como un *recurso-espejo*, capaz de ampliar las preguntas y los problemas sobre las capacidades humanas, así como para manifestar los límites de la lógica maquinística. En este contexto, el carácter especular que remarco es doble: garantizar que el desarrollo de la IA se puede contrastar con los principios y valores humanos, así como a la inversa, en lo que concierne a la dignidad, vulnerabilidad y relacionalidad propias de la persona. El futuro de una reflexión cabal sobre la persona depende, por tanto, no de resistir a lo que nos muestren cada vez más las ciencias computacionales sino de redefinir lo humano en un mundo cada vez más modelado por ellas.

Por eso podría pensarse que el presente volumen podría tomarse como ilustrativo para que nazcan nuevos puntos de vista favorables al acercamiento de ambas posturas e incluso para que quienes perfilan ambas vías de manera altamente contrapuesta se planteen posibles puntos de contacto válidos para ulteriores investigaciones. Esta es la finalidad de la Serie Especial “Ciencia, Filosofía y Religión”, la cual desde hace más de una década se ha convertido en un referente académico y especializado a tenor de la intersección entre estas tres grandes áreas de la cultura y del saber.

Finalmente, quiero expresar mi más alto agradecimiento y reconocimiento al Dr. Javier Monserrat, un exponente indiscutible de esta triple y cada vez más relevante intersección, al haber concebido y editado de forma pionera la presente serie en el ámbito iberoamericano, así como por ayudarme valiosamente en la confección del presente volumen. De seguro que su legado, reconocido en nuestro país e internacionalmente, seguirá presente en esta nueva etapa de como nuevo editor al servicio de la revista *Pensamiento*.

Ricardo MEJÍA FERNÁNDEZ

Editor.

Profesor Titular de la Facultad de Filosofía de Cataluña (AUSP).